

EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12299

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

MARTES 11 DE NOVIEMBRE DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste rue Casimartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Tejer y destejer

En la vida de las naciones un año es un día; pero hay ocasiones en que los términos se invierten y un día tiene la duración de un siglo y un año se confunde con la eternidad.

Precisamente nos encontramos en uno de esos casos. La cuestión de Marruecos, agravada estos días de un modo evidente, amenaza destruir la paz pública, avivando el desarrollo de las ambiciones de los que viven soñando con el reparto del Magreb.

Por ahí puede venir el tremendo conflicto que ha de meter en una guerra asoladora á las principales naciones europeas, poniendo en peligro la vida de las de segundo y tercer orden.

Entre estas últimas se encuentra la nuestra y á la hora de ahora no hay nada que indique que nos preparemos para defender nuestra casa en el caso probable de que algún amigo nos la ocupe temporalmente porque la necesite.

Se nombró una Junta de formación de escuadra y tras un lapso de tiempo, no corto, dió al fin su dictamen comprensivo del número de buques necesarios y su coste probable; y precisamente en el momento en que el duque de Veragua se ocupaba en la preparación del proyecto para someterlo á las Cortes, se abre en la vida de los cuerpos legislativos un paréntesis porque en el gobierno ha estallado la crisis.

Respondiendo á necesidades sentidas por los ayuntamientos, que viven amarrados al centro sin go-

zar de libertad ninguna, el ministro de la Gobernación llevó á las Cortes las bases de una nueva ley municipal, que han sido acogidas favorablemente por la prensa incolora y por los periódicos políticos. Pero ocurre con ellas lo que con el proyecto de formación de escuadra: la crisis traerá probablemente un cambio de política; con éste se producirá un total cambio de personas en la dirección de los negocios públicos; éstas se ocuparán durante varios meses en cambiar los servidores del Estado y en preparar las nuevas elecciones, y alla para la primavera próxima podrá constituirse el parlamento y ocuparse en los asuntos pendientes si es que los ministros los aceptan como están planteados.

¿Satisfará al ministro de Marina venidero el proyecto de formación de escuadra?

¿Satisfará al nuevo ministro de la Gobernación la ley municipal presentada por el Sr. Morel?

Probablemente no. Nuestros políticos no gustan de patrocinar obras ajenas; como no llevan el sello propio no las dejan pasar.

Si no se perdiera considerable cantidad de tiempo, eso importaría poco; pero se pierde de una manera lamentable y se pierde con daño.

La crisis de ahora no puede ser más inoportuna. Razon habrá para que los liberales dejen el poder y mercedores serán de no continuar en su disfrute; pero hay que convenir en que fuera mejor que no hubiese motivo para que cayeran, porque de ese modo no quedaría en suspenso por tiempo indefinido la obra parlamentaria que iba a comenzar.

Lejos de eso, es lo más presumi-

ble que volvamos á destejer para tejer de nuevo.

¿Será nuestro sino?

TIJERETAZOS

Dice un colega barcelonés:

«Ayer continuó siendo el tema de las conversaciones el fracaso de la proyectada algarada carlo bursátil.»

¡Otra!

¡Pero no habíamos quedado en que los carlistas se estaban quietecitos dedicados á verlas venir!

Lo raro es que el jefe de ese núcleo de bolseistas que están jugando con la tranquilidad del país es un mozo de cuerda nombrado comandante.

¡Qué bien estará de uniforme y con la chamarreta cruzada por el pecho!

¡Qué honor para la clase!

Los unionistas nacionales y los catalanistas se han embarcado en un tren político.

Lo ha dicho en las Cortes el diputado catalanista Rusiñol.

Pero no llevan el mismo destino.

Los unionistas se quedan en la estación autonómico-administrativa.

Los catalanistas seguirán después solos el viaje, en dirección á la estación autonómico política.

Yo no sé qué pensar de esas conjunciones temporeras.

Pero después de oír decir al diputado catalán y catalanista que la bandera nacional es compatible con la de Cataluña, me acordé del españolismo de los catalanistas aliados de la Unión Nacional.

Veremos si más adelante tiene D. Basilio motivos de arrepentimiento por haberse unido con Rusiñol y Domenech presidiéndolos apoyo y con él fuerza.

El obispo de Tarazona ha sido apedreado en Fastiñana, pueblo de su diócesis.

La noticia no es fresca; data de varios días.

Pero hay un dato que la hace sumamente rara.

Los apedreadores no han sido unos cuan-

tos fanáticos anticlericales—que en todas partes se encuentran fanáticos—sino un cura de almas y el alcalde del pueblo.

O se trata de dos criminales ó de dos candidatos para el manicomio.

Defensa contra la electricidad

Empiezan ya á sentirse en las grandes capitales los efectos de ese empleo continuo y mayor cada vez de la electricidad. En algunas se ha comprobado ya que el fluido eléctrico produce una especie de fiebre especial en algunos organismos, que desbarata la brújula mejor montada, los relojes algún tanto sensibles. Algunos observadores han tenido que huir de la vecindad de los grandes centros urbanos, pues junto á ellos no era posible hacer ninguna observación.

La electricidad circula por encima de nuestras cabezas, amenazándonos de muerte: corre bajo nuestros pies, ya transmitiendo luz, ya calor, ya fuerza. Aléjate allí donde vivimos; la tenemos al alcance de nuestras manos, alumbra nuestras casas, palpita á lo largo de las paredes y muchas veces, por falta de precauciones ó por exceso de torpeza, corremos el riesgo de interrumpir bruscamente su flujo tranquilo; entonces en un instante, prosa de súbita, formidable é incoercible cólera, puede aniquilar no sólo al que ha provocado sus iras, sino á muchos que no tienen culpa ninguna en el desastre que se le ha hecho y están bien ajenos de imaginar el riesgo que corren.

Actualmente es ya muy peligroso para un obrero ahondar en el subuelo de una ciudad. Su pala ó su pico puede interrumpir una de esas corrientes fortísimas que pasan por cables más ó menos bien protegidos y provocar una catástrofe al originar un pequeño circuito.

Todas las precauciones resultan pocas é ineficaces en la práctica cuando se trata de evitar desgracias provocadas por la electricidad.

El menor descuido, la torpeza más mínima, bastan para anular de un solo golpe todas las precauciones.

Los operarios todos que han de trabajar

en talleres donde se encostran ó donde afluyen altas corrientes eléctricas, están expuestos á morir con la rapidéz del rayo, sin que sepan siquiera de donde les viene la muerte.

Urgia, pues, sobramanera encontrar un medio de protección seguro, de cuya eficacia no se pudiera dudar, y que preservara á quien de él hiciera uso, de todas las desastrosas contingencias que la electricidad puede producir.

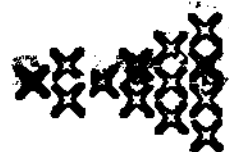
Tal medio, si hay que esperar lo que dice la prensa de Viena, acaba de descubrirlo el Dr. Hessler, muy conocido ya en el mundo científico por sus estudios acerca de la electricidad en general.

Consiste el tal descubrimiento en la invención de una red de mallas de latón, que puesta como un traje ordinario y cubriendo manos y cara, protege de un modo eficazísimo al que la lleva contra las más formidables descargas eléctricas.

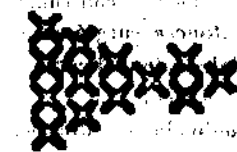
Su inventor ha experimentado por sí mismo la eficacia de su vestido de mallas, y la prueba lo ha dado magníficos resultados.

Según dicen los que han visto este traje protector, es tan fino como el tejido más fino que lo compone, que apenas pesa dos kilogramos y no priva en lo más mínimo los movimientos ni la visión del que lo usa. Y en cambio aquel que lo lleva puesto puede estar seguro de que ni la electricidad que se desarrolla durante las tormentas, ni se convierte en rayo que palpita al tocar, ni la electricidad producida por las máquinas, han de causarle el menor daño. Suficientemente nueva especie, puede seguramente reparar las graves lesiones que nos afectan, manejar á su antojo las corrientes más poderosas sin que ni por un instante ocurra una desgracia.

Actualmente usarán solamente trajes protectores los operarios que están expuestos á una desgracia producida por la electricidad, pero si el invento dá los resultados que de él se esperan y la electricidad continúa progresando y ensanchando cada vez más su esfera de acción, entonces serán muchos los que, para precavarse de accidentes posibles y que cada día parecen que han de ser más numerosos, echarán mano del nuevo invento, que reduce la fuerza



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 72

do delante de nosotros, miré á la redonda á todo mi grupo de ayudantes, muy pálida en aquel momento, y como yo he sido siempre la bendita y cariñosa claridad..

—Y más clara que bendita—insinué el referido abate.

«...Les dije jovialmente para darles ánimos, señalándoles al herido desvanecido: «¡Duerpo de Dios! Si los salvamos, ¡qué joya tan bien labrada, señoritas, para aquella de ustedes que quiera arrollársela al cuello!»

«Y se echaron á reír como locas; pero Amada permaneció muy seria y silenciosa. Se había ruborizado.

«También se ruboriza por Destuchés (pensé); ¿cuál de esos dos rubores es amor?»

«Tal para cual, por supuesto. Estaba M. Jacques ora, como el caballero Destuchés, un hombre á quien nunca hubiera yo pensado en amar si hubiese sido mujer de sentimientos tiernos. No tenía la belleza femenina y cruel del nabeilla; pero aunque la suya fuese más viril y ardiente, tenía también su lado femenino: la melancolía. No puede soporiar á los hombres melancólicos; se me antojan menos hombres que los demás.

«M. Jacques era lo que se ha llamado mucho tiempo un «bello tenebroso». Ahora yo soy del parecer de



Se acuerda usted de aquella noche, Ursula?.... No dormíamos; estábamos en el salón, usted y Amada haciendo bilas, y yo fundiendo balas, porque á mí no me han gustado nunca los trapos; velábamos, como esta noche, pero menos tranquilas. De repente se oyó el grito del mocho, y entraron los dos con sus pieles de chiva chorreando, como dos lobos que se hubiesen zambullido en el mar. El cabecilla Destuchés nos presentó á su compañero como un noble que había tomado parte durante mucho tiempo en la gue-